



Si Somos Americanos, Revista de Estudios
Transfronterizos

ISSN: 0718-2910

sisomosamericanos@unap.cl

Universidad Arturo Prat

Chile

Rodríguez, Fabiana

NUEVOS TIPOS DE GUERRA: LECCIONES A CONSIDERAR, GUERRA JUSTA, ASIMÉTRICA,
PREVENTIVA Y DE BAJA INTENSIDAD

Si Somos Americanos, Revista de Estudios Transfronterizos, vol. VIII, núm. 2, 2006, pp. 135-157

Universidad Arturo Prat

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=337930325008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

NUEVOS TIPOS DE GUERRA: LECCIONES A CONSIDERAR, GUERRA JUSTA, ASIMÉTRICA, PREVENTIVA Y DE BAJA INTENSIDAD

New Types of War: Lessons to consider, Fair War, Asymmetric War, Preventive War, and Low Intensity War

Fabiana Rodríguez. Fabiana.rodriguez@ucv.cl
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.

Recibido: Agosto 2006. Aprobado: Diciembre 2006.

“Nunca, nunca se debe creer que una guerra será sencilla y cómoda, o que quien se embarca en ese extraño viaje puede medir las mareas y huracanes con que se va a encontrar. El estadista que se abandona a la fiebre bélica debe saber que una vez dada la señal, él ya no es amo de la política, sino el esclavo de los acontecimientos incontrolables e impredecibles”.

Winston Churchill.

RESUMEN

Tras el término de la Guerra Fría, Estados Unidos perdió gran parte de sus referentes, debiendo construir un nuevo enemigo que fundamentara su política exterior. Luego de la caída de las torres gemelas, el terrorismo se posicionó como su respuesta, posibilitando la aparición de ciertos conceptos geopolíticos que justificaban su intervención: guerra justa, guerra preventiva, guerra asimétrica y guerra de baja intensidad. Estas nuevas tipologías de guerra constituyeron el referente con el cual Estados Unidos justificó su política exterior y a su vez definieron su misión en el escenario global a través de su nueva estrategia de seguridad nacional.

Sin embargo, y dadas las características del terrorismo, la superpotencia norteamericana debió personalizar a este enemigo a través de la construcción de blancos asequibles como Afganistán e Irak, con la finalidad de demostrar su capacidad de intervención y a su vez vengar la afrenta sufrida el 11 de septiembre de 2001. El presente artículo tiene por finalidad analizar estos conceptos a la luz de la última invasión de Estados Unidos a Irak.

PALABRAS CLAVES: Guerra Justa, Guerra Asimétrica, Guerra Preventiva, Contraterrorismo.

ABSTRACT

After the end of the Cold War, the United States lost one of its most important referents, having to construct a new enemy on which its foreign policy could stand. After the fall of the twin towers, Terrorism has been positioned as its response, making possible the appearance of some geopolitical concepts that justified the intervention: just war, preventive war, asymmetric war and low intensity war. These new types of war became the referent through which the United States justified its foreign policy and defined its mission in the global scenario through its new strategy of national security.

Nevertheless, and given the characteristics of terrorism, the North American superpower had to personalize its enemy through the construction of reasonable targets as Afghanistan and Iraq, with the purpose of demonstrating its capacity of intervention and taking revenge of the offense suffered on September 11, 2001. The present article has the purpose of analyzing these concepts in the last invasion of Iraq by the United States.

KEY WORDS: Just War, Asymmetric War, Preventive War, Counterterrorism.

I. INTRODUCCIÓN

El presente artículo se centra en la revisión de cuatro “nuevos” tipos de guerra. Esta revisión toma lugar desde una perspectiva descriptiva (sus definiciones, características y requisitos); pero también recoge ejemplos y opiniones particulares.

A través de estas “guerras” se intentan establecer algunos elementos conceptuales que pueden resultar interesantes; a través de ellas, se traza la delgada línea que va desde la justificación de una guerra -elemento siempre necesario, ya sea desde la veracidad o la verosimilitud- a las características de la guerra en particular que este artículo pretende analizar -la guerra de Estados Unidos contra el terrorismo- y a la política que se implanta como regla o patrón de comportamiento a partir de este conflicto.

Una nueva norma que probablemente guiará futuras construcciones discursivas que justifiquen, a su vez, nuevos enemigos y nuevas guerras; en fin, nuevos derramamientos de sangre en el nombre de Dios, la moral o la justicia, todos valores supremos que esconden -pero no anulan- los intereses particulares que cada actor posee.

Nos referimos a grandes rasgos a establecer, a través de este ensayo y sus apartados, elementos como:

1. ¿Qué se entiende como guerra justa? Este ejercicio es necesario, en primer lugar, porque toda guerra debe ser justificada ante la opinión pública. Es por esto fundamental clarificar cuáles son los criterios o grandes consensos internacionales sobre lo que se entiende como una guerra justa. Ello, tanto para poder establecer los niveles ciertos de justificación que descansan tras toda intervención armada, como para vislumbrar a su vez qué construcciones discursivas o “maquillajes” pueden subyacer tras un ataque que no cuenta con el *ius ad bellum*.
2. ¿Cuáles son las características de una guerra asimétrica? Y a partir de allí, la viabilidad de una u otra estrategia para enfrentar al enemigo. En este punto se reflexiona sobre la naturaleza de éste y a su vez, sobre la construcción que se hace en torno a su figura. Del mismo modo, se deja en evidencia el paso forzado que el gobierno estadounidense hace desde un enemigo como el terrorismo a la intervención bélica en dos Estados, Afganistán e Irak.
3. Luego se expone y analiza la figura de la guerra preventiva y cómo la construcción de nuevas reglas y pautas ha flexibilizado los requisitos mínimos que antes exigía una intervención de este tipo. La guerra preventiva, denominada también como la “nueva estrategia imperial de EE.UU.”, podría marcar nuevas normas de comportamiento en el escenario global al instaurar nuevos referentes que guiarían, a contar de ahora, las construcciones de enemigos que hagan los actores en el concierto internacional. En resumen, se trata de reflexionar en torno al paso desde la amenaza concreta de daño, a la factibilidad de que exista la intención de amenaza de daño, y desde esa remota posibilidad, definir a los enemigos y los consecuentes nuevos blancos bélicos.
4. Por último se reflexionará en torno a la guerra de baja intensidad o contraterrorismo, intentando dilucidar qué elementos en común existen entre este tipo de guerra y el terrorismo y cómo los tres tipos de guerra ya revisados sirven de argumento a la hora de implementar esta práctica.

II. ¿CUÁNDO, CÓMO Y POR QUÉ? LA GUERRA JUSTA

Para muchos la violencia internacional “es condenable venga de donde venga”. La paz pasa a ser entonces, para algunos, un valor absoluto. Más aún, declararse partidario de la paz ha llegado a ser en estos días un recurso retórico, que algunos emplean como arma antojadiza. No son pocos los que hoy hablan de guerras justas, pero es un hecho que el concepto de justicia, como lo entendemos en el cotidiano, desaparece cuando se inicia el conflicto armado, allí donde la justicia está siempre ensombrecida. De hecho, desde la perspectiva de la cristiandad primitiva, la descripción de la guerra justa era simplemente una excusa, una forma de hacer la guerra moral y religiosamente posible (Walter, 2004).

En la misma línea argumentativa, Hardt y Negri (2002: 29) denuncian que el concepto tradicional de guerra justa implica la banalización de la guerra y su elogio como un instrumento ético. Hoy el enemigo -al igual que la guerra misma- es reducido a un

objeto de rutina de la represión política y a absolutizarse, convirtiéndose en una amenaza total al orden ético. Se trataría entonces de hacer la guerra moralmente posible y elaborar construcciones discursivas con ese fin.

Sin embargo, hay formas y razones legítimas para el empleo de la fuerza: “Tradicionalmente el concepto estriba principalmente en la idea de que cuando un Estado se halla ante una amenaza de agresión que puede poner en peligro su integridad territorial o su independencia política, tiene un *ius ad bellum*” (Hardt y Negri, 2002: 28)¹.

Se dice entonces que, en esos casos, se cumple con los requisitos que otorgan el derecho de “hacer” la guerra. En palabras de Meneses: autoridad competente, causa justa y recta intención. También debe considerarse lo que se denomina *ius in bello* (justicia en la acción), que comprende medios apropiados a los fines, proporcionados y discriminantes (Meneses, 1991).

Si bien la *bellum iustum* o guerra justa es un concepto vinculado orgánicamente a las antiguas órdenes imperiales cuya genealogía se remonta a la tradición bíblica, recientemente ha reaparecido como una herramienta de argumentación política a la hora de justificar el conflicto armado.

Es claro que en materia de justicia, culpabilidad o inocencia, no hay acuerdo posible. Esta visión se resume en una línea que alude directamente a la situación aquí analizada: el que para unos es un terrorista, para otros es un luchador por la libertad.

Ahora, es necesario tener en cuenta que la teoría de la guerra justa no defiende ninguna guerra en concreto, y no renuncia a la guerra en sí misma. Desde este punto de vista, la guerra justa sirve a propósitos más o menos éticos según sea el uso que se le otorgue. Puede así ser utilizada como una suerte de “seguro”, una teoría pensada para mantener un escrutinio constante y una crítica inmanente a fin de asegurar que toda intervención bélica se está llevando a cabo por los motivos correctos (o medianamente correctos). Pero a su vez, también puede ser empleada como un patrón que permita construir sólo discursivamente un aura de justicia y necesidad alrededor de un ataque que carece de justificaciones concretas.

Como sea, el por qué ir a la guerra es una decisión que requiere un análisis continuo y exhaustivo. Asimismo, se debe ampliar la concepción del cuándo y del cómo, porque

¹ La definición entregada por Hardt y Negri es de gran utilidad a la hora de analizar el concepto de guerra preventiva- que revisaremos posteriormente- pues hace hincapié en la amenaza de agresión.

las nuevas tecnologías y las nuevas políticas del siglo XXI demandan nuevas categorías de análisis.

CASO A CASO

Durante años se ha empleado la teoría de la guerra justa para criticar las acciones militares estadounidenses. Hoy la tortilla se ha volteado y son los propios generales quienes la utilizan para explicar sus acciones. ¿Qué es entonces la guerra justa, más allá de un concepto archiutilizado? Bien vale la pena entonces detenerse en algunas de sus aristas.

Primero, la fuerza se justifica si “protege a los inocentes de un daño seguro”. El único ejemplo que queda es cuando un país “sabe a ciencia cierta que un genocidio comenzará en determinada fecha” y las víctimas no tienen cómo defenderse. Además la guerra “se debe declarar manifiestamente o en su defecto, debe estar sancionada por una autoridad legítima”. Debe también “comenzar con las intenciones correctas”. Finalmente, “debe ser un último recurso después de que se hayan explorado otras posibilidades para la reparación y defensa de los valores en juego” (Elshtain, citado por Chomsky, 2004: 287).

¿Estamos atacando a los verdaderos culpables? El tamaño de la ofensa, el ataque, la afrenta, la provocación, etc. ¿está a la altura de la intervención que nos aprestamos a realizar?

En lo que compete a este artículo, lo importante de la reflexión anterior es considerar que la represión y las represalias no deben repetir los males del victimario, lo que significa que éstas deben dirigirse sistemáticamente contra los propios culpables, nunca contra las personas en nombre de las cuales dicen actuar ni tampoco contra los civiles de los países que los albergan.

El segundo punto, señalado por Chomsky, es el principio de la universalidad: “nos medimos con los mismos criterios que medimos a los demás, cuando no, más severos. Fuera de ser simples verdades trilladas, estos principios también son fundamento de la teoría de la guerra justa, al menos de cualquier versión suya que merezca ser tomada en serio” (Chomsky, 2004: 265).

Para explicar este principio, Chomsky acude a la última invasión estadounidense a Afganistán: cumpla o no el bombardeo a Afganistán las condiciones de la guerra justa, éstas son claramente más válidas para muchas víctimas del terrorismo internacional fomentado por EE.UU.; por lo tanto, según los propios términos de Elshtain, a estas víctimas se les debería conceder el derecho de librar una guerra justa de bombardeos y terror contra

Estados Unidos, con tal que la declaren abiertamente y adjunten una manifestación de “intenciones correctas”. En otras palabras, el principio de universalidad se basa en la premisa de que ley pareja, no es dura.

Tercero, se concuerda con Walzer en lo que dice relación a una suerte de mínimo común: defender la regla de la inmunidad de los no combatientes, porque ello, aun cuando se esté en guerra, constituye un asesinato.

El principio rector de este punto es sencillamente que es preciso centrarse en proteger las vidas de los civiles tanto de los ataques directos como de los daños colaterales. Es un hecho que este principio se cumple mucho más fácilmente en las campañas terrestres, donde el combate es de combatiente a combatiente, que en los ataques aéreos. La lógica es la que sigue: los bombardeos inteligentes no pueden detener a soldados armados con fusiles que avanzan casa por casa en una aldea de montaña. Lo único que puede detenerlos son otros soldados armados con fusiles.

Otro elemento a considerar en la teoría de la guerra justa lo formula nuevamente Walzer, y es, desde la construcción de los motivos, la ubicación contextual del conflicto. La guerra justa centraría su atención en “los temas urgentes, que están a la orden del día meses antes del inicio de la guerra -en el caso reciente de la guerra de Irak, por ejemplo, en las inspecciones, en el desarme, las armas ocultas, etc.- y, acto seguido, en las reglas del combate, batalla a batalla, evitando así grandes cuestiones acerca de ambiciones imperiales y la contienda global por los recursos y el poder” (Walzer, 2004: 17).

Quinto, y en estrecha relación con el punto anterior, está el tema de la intervención humanitaria. En efecto, la teoría de la guerra justa ha vivido una reactivación en el contexto de la “nueva era de la intervención humanitaria” y el terrorismo internacional. “Se trata de poner fin a acciones que, para emplear una frase antigua, pero precisa, ‘conmueven la conciencia’ de la humanidad” (Walzer, 2004: 87). Bajo esta premisa, guerra civil, hambruna inducida políticamente, masacre de minorías, uso de fuerza contra otros Estados menores, etc., pueden ser algunos muy buenos ejemplos a la hora de justificar una intervención armada. Sin embargo, ésta no se justifica en virtud de la democracia, la libre empresa, la justicia económica, las asociaciones voluntarias o cualquier otra de las prácticas y acuerdos sociales que podamos esperar e incluso exigir en los países de otras gentes.

Ahora, es necesario además que esa causa justa ya descrita sea percibida como tal a los ojos de los demás; y aquí los otros están compuestos tanto por la comunidad internacional como por los civiles del país que pretende iniciar el ataque.

“En el pasado, quienes decidían, gobernaban sin preocuparse demasiado de lo que

pensara la mayoría de los habitantes. A fines del siglo XIX y principios del XX, los gobiernos podían contar con la movilización del pueblo. Hoy en día deben tener en cuenta más que antaño lo que piensa o lo que está dispuesta a hacer la población” (Hobsbawm, 2003: 41).

Distinguir entre unos medios y otros para no castigar indebidamente a inocentes, conseguir medios proporcionales a los fines y tener una buena probabilidad, en vez de un solo deseo de obtener buenos resultados son, en este sentido, puntos a considerar para conseguir el apoyo. Lamentablemente, muchas veces no son tomados en cuenta.

Y sin embargo, Vietnam ya había dejado varias lecciones que a la luz de los últimos acontecimientos parecen olvidadas: idealmente, no se deben librar guerras que resulten impopulares, aunque sea sólo para no ponerse en contra de la población civil, cuyo apoyo político es necesario para la victoria militar.

Surge en este mismo sentido el concepto de la guerra exenta de riesgos; todo soldado que defiende la humanidad, a diferencia de los que defienden su propio país o a sus conciudadanos, no debiera arriesgar la vida. Hacerlo va en directo detrimento del apoyo popular que esta intervención pueda tener en el país de origen. Algo que también pareció olvidarse en la intervención en Irak. La pregunta que debiera formularse es si se está dispuesto a ver morir a los propios soldados por la causa a la que se alude.

Así las cosas, el interés humanitario que produce una acción -y al que muchas veces se acude para justificar una intervención bélica- puede acabar disminuyendo considerablemente si implica un costo importante de vidas o dinero. Un claro ejemplo es lo acontecido en Somalia. El impulso de ayudar a su hambrienta población se desvaneció al contemplarse la imagen de un estadounidense muerto arrastrado por las calles de Mogadiscio. Esto en ocasiones se ha atribuido a la reticencia popular a aceptar pérdidas humanas. Sin embargo, esta explicación es demasiado simple. Estados Unidos se involucró en la Guerra del Golfo esperando sufrir más de 10.000 bajas. Expresado en forma adecuada, los estadounidenses son renuentes a aceptar pérdidas humanas cuando sus únicos intereses son humanitarios y no correspondidos.

“Tal vez sea buena idea comenzar con algunas verdades sencillas. La primera es que las acciones se evalúan según el abanico de posibles consecuencias”. Las palabras son de Chomsky, e introducen el último punto a considerar a la hora de ir a la guerra. Explica Walzer que según la versión estándar, una guerra justa, precisamente porque no es una cruzada, debería terminar con la restauración del *statu quo* anterior a la guerra o en caso de “liberación”, dejar en buen pie el territorio intervenido. En este sentido, muchas veces el Estado víctima puede merecer reparaciones por parte del Estado agresor, y también, por

qué no decirlo, figuras legales o estructuras que otorguen seguridad a la población civil bajo el nuevo orden. Como sea, todas estas materias se merecían más de una vuelta en la cabeza de quienes decidieron invadir Irak.

Hace 15 años, un observador más sobrio advirtió lo siguiente, a propósito de los costos de una posible invasión de Irak y un eventual derrocamiento de su régimen tras la Guerra del Golfo: “Si vais a entrar con la intención de derrocar a Saddam Hussein, tenéis que llegar a Bagdad. Cuando lleguéis a Bagdad, no está claro lo que tenéis que hacer. No está claro qué tipo de gobierno instauraríais en sustitución del que existe actualmente. ¿Va a ser un régimen chiíta, un régimen suní o un régimen kurdo? ¿Uno proclive a los *baathistas*, o proclive a los fundamentalistas islámicos? ¿Cuánta credibilidad va a tener ese gobierno si es instaurado por el Ejército estadounidense cuando llegue allí? ¿Cuánto tiempo tiene que permanecer allí el Ejército estadounidense para proteger a la gente que participa en dicho gobierno, y qué sucederá cuando nos marchemos?” (E. Tyler, citado por Barber, 2004:125-126).

III. LA GUERRA ASIMÉTRICA: CUANDO EL MÁS PEQUEÑO NO ES EL MÁS DÉBIL

En la Guerra del Golfo Pérsico se demostró, en 1991, la superioridad estadounidense de un modo que dejó atónito al mundo. El gasto militar de Estados Unidos supera ampliamente al de cualquier otro Estado potencialmente hostil y es mayor que los presupuestos de defensa de Rusia, China, Irán, Irak, Corea del Norte y Cuba juntos².

Y más aún; no hay pruebas de que el profesionalismo militar de esos países vaya a crecer al ritmo necesario para hacerlos competitivos, aun si multiplican sus gastos militares. Como parte de lo que algunos ven como una revolución militar, las fuerzas estadounidenses continúan utilizando de modo incomparable armamento de punta y sistemas de vigilancia e información, y cuentan con la flexibilidad organizativa y doctrinaria para manejar la integración de estas complejas innovaciones en “sistemas de sistemas”, que constituyen la clave de la eficacia militar moderna. “Más que en cualquier otro momento en la historia militar, la materia gris es fuerza. Incluso si los países hostiles pudieran alcanzar a las fuerzas armadas estadounidenses en la carrera de las armas, no parece posible que sus organizaciones y culturas militares puedan ponerse a la par de ellas en la carrera de gestión, asimilación de tecnología y destrezas de los comandos de combate” (Betts, 1998).

² El presupuesto de defensa estadounidense es unas 25 veces mayor que el gasto conjunto de los países identificados por el Pentágono como sus peores adversarios: Cuba, Irán, Libia, Corea del Norte, Sudán y Siria. Estos seis “enemigos”, más Rusia y China, gastan en sus ejércitos menos de una tercera parte del presupuesto militar estadounidense. En cuanto a Irak, en el momento de la invasión, su presupuesto militar era 285 veces inferior al de los EE.UU. Ver: http://www.prouinvestigacionmilitar.org/documents/informes/imasd_militar_en_eeuu.pdf

Y, sin embargo, las torres gemelas cayeron. ¿Cómo pudo entonces producirse la agresión más grave perpetrada en territorio estadounidense? Sin duda el triunfalismo estadounidense de la posguerra fría cumplió en eso un rol importante. Para Clemons, Estados Unidos no comprendió la nueva lógica de las relaciones internacionales y la mirada que le lanzan ahora las otras naciones. “Nunca se adaptó a las realidades posguerra fría: en lugar de dismantelar después de la desaparición de la URSS una superestructura imperial muy costosa y en última instancia, ineficaz, trató de conservar y consolidar su primacía” (Clemons, 2002: 20).

En este sentido, los atentados no constituyen una anomalía sino que reflejan la tensión de los cambios que afectan al sistema mundial y la incapacidad de Washington para integrar las realidades de la nueva era. Cambió el mundo, pero no del todo el patrón de comportamiento estadounidense. Durante la guerra fría, la rivalidad entre ambas potencias resultó tranquilizadora para las elites políticas y militares estadounidenses: era el tiempo de políticas claras y comportamientos predecibles. El Pentágono siguió esta política en el curso de la posguerra fría; como prueba, su proyecto de militarizar el espacio contra un enemigo hasta ese momento inexistente. Es ahora cuando EE.UU. nota finalmente que la nueva carrera armamentista en el espacio y el proyecto de defensa antibalístico no corresponden a las verdaderas necesidades de seguridad del país.

Estados Unidos se relajó durante los años noventa -tras la desaparición de la guerra fría y con la expansión económica- deshaciéndose de la tensión que había acumulado durante décadas. Todo esto cambió el 11 de septiembre de 2001. Esa mañana, el país se despertó en guerra. Pero era una guerra distinta, sin frentes ni despliegues masivos de tropas combatiendo en la oscuridad frente a un enemigo identificado y, desde luego, sin una idea clara de cómo aquello iba a acabar.

Son varias las razones por las que el término “guerra” resulta engañoso en este contexto. En la campaña contra el terrorismo no están implicadas fuerzas militares organizadas rivales enviadas por entidades políticas con el fin de controlar territorio, la definición tradicional de una guerra. Desde este punto de vista, hablar de guerra sería una construcción discursiva utilizada arbitrariamente para designar este conflicto. No obstante, nos recuerda Mandelbaum que el término “guerra” es útil para describir lo que los acontecimientos del 11S pusieron en marcha, ya que estos hechos afectaron el papel de los Estados Unidos en el mundo y sus relaciones con otros países del mismo modo que la guerra afecta normalmente a la política exterior de una nación (Mandelbaum, 2002: 271).

Desde hace años los análisis serios sobre los riesgos subrayaban la amenaza creciente de atentados terroristas en suelos estadounidenses. Por ejemplo, el informe de

la comisión legislativa de Hard-Rudman, publicado en 1999, advertía: “Los pequeños Estados y los grupos de individuos, se trate de organizaciones mafiosas o terroristas, ya no necesitarán invertir mucho en la ciencia o en la industria para adueñarse de tecnologías muy peligrosas (...) Es probable que estadounidenses mueran en su propio territorio, tal vez en grandes cantidades”. (US Congress. 1999. *New World Coming-American Security in the 21st Century*. Washington DC).

Ya lo decía Betts en 1998: “Si no es probable que los Estados hostiles enfrenten a Estados Unidos en combates convencionales, la situación resulta aún más intimidatoria para grupos pequeños como los terroristas. La temida guerra asimétrica ha llegado para quedarse” (Betts, 1998).

Pero la Administración Bush quiere combatir contra naciones y no entiende la índole de las amenazas del siglo XXI. Mientras Estados Unidos les dice a los países que decidan si están “con nosotros o contra nosotros”; como si la elección fuera así de simple y así de dicotómica.

En esta ocasión, al revés de lo que ocurría con los adversarios del siglo pasado, el enemigo sólo puede ser definido por lo que no es: un Estado. “El nuevo enemigo es móvil, transnacional, o infranacional (...) Los terroristas atacaron y no dejaron su tarjeta. Hay fuertes sospechas sobre algunas personas, pero éstas no se sienten concernidas ni por la Carta de las Naciones Unidas ni por ninguna autoridad existente en el mundo. Estos acontecimientos abren una nueva era en la guerra: la de los conflictos asimétricos” (Bishara, 2002: 30).

La denominada guerra asimétrica, también conocida como guerra de cuarta generación o conflicto no estatal, presenta una gran dificultad para la parte “convencional” y es que ésta puede estarse enfrentando a opositores, cuya base puede ser no un Estado, sino una ideología o una religión. Contra ellos es sumamente ineficaz la alta tecnología convencional.

En las teorizaciones de estrategias del Pentágono, el concepto de guerra asimétrica alude a estructuras no estatales, tan diversas como grupos islámicos, traficantes de drogas u organizaciones revolucionarias y, por otro lado, a los denominados Estados ilegales.

Los agentes que dirigen el terrorismo son invisibles y tienen gran movilidad, no son Estados-nación y pueden esfumarse y reaparecer en múltiples territorios; apenas resultan afectados por el poder norteamericano. En palabras de Anwar Aziz, que posteriormente se inmoló en un atentado suicida en 1993 en Gaza, “las batallas del Islam no se ganan a través de las armas, sino infundiéndole miedo en el corazón del enemigo” (Barber, 2004: 21).

El propio Bush rápidamente notó la naturaleza del nuevo tipo de conflicto. “En el pasado, los enemigos requerían grandes ejércitos y un enorme desarrollo industrial para poner en peligro a América. Ahora, simples redes indefinidas de individuos pueden traer a nuestras costas el caos y el sufrimiento por mucho menos de lo que cuesta un simple ataque. Los terroristas se han organizado para penetrar en las sociedades abiertas y para volver en nuestra contra la capacidad de las tecnologías modernas” (Bush citado por Barber, 2004: 76).

Durante décadas, Estados Unidos gastó billones de dólares para protegerse de las consecuencias de los enfrentamientos. Luego de la Guerra de Vietnam, y 20 años de gastos colosales, desarrolló la Guerra del Golfo, minimizando sus propias pérdidas humanas. Las campañas masivas y rápidas de bombardeos desde mucha altitud, llevaron a los estadounidenses a considerar la posibilidad de ganar conflictos simétricos sin un sólo muerto de su lado: misiles de crucero y superioridad aérea, apoyados por las más modernas técnicas de información aérea o espacial, garantizarían tal resultado, asegurando a la vez un nivel de destrucción insoportable para el enemigo. “La transformación de cuatro aviones civiles en bombas volantes, por parte de piratas armados de cuchillos y dispuestos a morir por su causa, acaba de poner fin a esa idea: diecinueve de ellos murieron, matando a miles de personas. Este no es el tipo de batalla para el cual estaba equipado Estados Unidos” (Bishara, 2002: 30).

DISIMETRÍA VS. ASIMETRÍA

“Las guerras de Irak y Afganistán son tan asimétricas que ni siquiera merecen esa denominación” sostiene Barber (2004: 20). Pero el punto es otro. Es además necesario distinguir el concepto de asimetría del de disimetría; este último indica una diferencia cuantitativa entre las fuerzas o entre el poder de los beligerantes: un Estado fuerte frente a un Estado débil, como por ejemplo, Estados Unidos frente a Irak o Afganistán. La asimetría en cambio, subraya las diferencias cualitativas en los medios empleados, en el estilo y los valores de los nuevos enemigos. En otras palabras, cuando una potencia como Estados Unidos reafirma su hegemonía sobre el funcionamiento del mundo y sobre la guerra convencional, sus enemigos y sus víctimas recurren a medios de lucha no convencionales y “asimétricos” para combatirla, esquivando su fuerza y concentrando sus ataques en puntos vulnerables.

La historia militar enseña que en un combate asimétrico el más poderoso no necesariamente puede con el más débil. Como la mayor parte de las fuerzas armadas, las de EE.UU. están entrenadas para combatir a otros Estados y no para enfrentarse a un enemigo como el que hoy se les presenta. “La aplastante victoria en el conflicto del Golfo, en 1991, resultó engañosa. Nuestra ofensiva en el Golfo fue victoriosa porque tuvimos la suerte de encontrarnos con el único malvado en el mundo lo bastante estúpido como para

aceptar enfrentarse con Estados Unidos en un combate simétrico”. Así lo reconoció el general de los marines Anthony Zinni en *El Mundo* (citado por Ramonet, 2002: 41).

El nuevo enemigo, aun cuando puede llegar a disponer de una base geográfica, resulta casi imposible de fichar o de enumerar; no tiene domicilio fijo, su red es dispersa, al igual que las transnacionales o Internet, el mundo es su campo de operaciones. Esto los hace más difíciles de detectar y prevenir.

Para luchar contra el enemigo asimétrico, los estrategas coinciden en la necesidad de recurrir a un equipamiento de una precisión y una potencia aun mayores. Los servicios de informaciones deben ser reforzados, tanto en medios tecnológicos como en medios humanos. El Senado estadounidense votó por unanimidad poderes extraordinarios para el Presidente. En la Cámara de Representantes esa moción obtuvo 420 votos a favor; el único voto en contra fue el de la republicana Barbara Lee, para quien una acción militar no impedirá que el terrorismo internacional cometa otros actos contra Estados Unidos.

Pero cuando Estados Unidos resultó atacado por algo que era claramente una entidad no estatal, decidió vengarse de los Estados que amparan el terrorismo. Fue tal decisión la que le condujo a Afganistán e Irak.

IV. GUERRA PREVENTIVA: CUANDO ANTES NO ES MEJOR

Tras los atentados del 11S, Norteamérica amplió la definición de su lucha contra el terrorismo en el documento “Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América”, del 17 de septiembre de 2002. Allí –aun cuando a lo largo de quizás toda la historia militar estadounidense, sea posible encontrar algunos vestigios de esta doctrina– quedó establecida la justificación ética de la guerra preventiva. Las palabras contenidas en el mencionado documento son elocuentes:

“Estados Unidos ha mantenido por mucho tiempo la opción de acciones preventivas para enfrentar amenazas a su seguridad nacional. Mayor es la amenaza y mayor es el riesgo de la inacción (...) Para anticipar o prevenir los actos hostiles de nuestros adversarios, Estados Unidos actuará, si es necesario, de manera preventiva. Por siglos la ley internacional ha reconocido que las naciones no necesitan sufrir un ataque antes de que legalmente puedan actuar para defenderse a sí mismas del peligro inminente de un ataque (...) Nuestras fuerzas tendrán el poderío suficiente para disuadir a los adversarios potenciales de adelantar una escalada militar con la esperanza de sobrepasar o igualar el poder de Estados Unidos. No podemos

permitir que nuestros enemigos ataquen primero” (*The National Security Strategy on the United States of America*, 17 de septiembre de 2002).

Ésta es la doctrina de la denominada guerra preventiva.

En síntesis, lo que Bush estaba afirmando aquel mes de septiembre de 2002, era que su país no aceptaría bajo ninguna circunstancia que sus nuevos enemigos pudieran volver a realizar, contra ellos o contra sus aliados, ataques análogos a los que padeció Estados Unidos el 11 de septiembre, ni admitir que puedan atacar, como lo hicieron en el pasado, embajadas, unidades navales o guarniciones estadounidenses. Desde ese momento, la estrategia de Washington apuntaría en adelante a impedir que tales amenazas se materialicen, poniendo en marcha “acciones preventivas” contra sus enemigos.

Y, sin embargo, hasta entonces, Estados Unidos siempre había intentado basar su derecho a desplegar tropas en la Constitución (la resolución del Golfo de Tonkín, que legitimó la Guerra de Vietnam), o en la Carta de las Naciones Unidas (Corea), o en el derecho internacional (Panamá). Tal vez EE.UU. actuaba de manera hipócrita, pero al menos mostraba cierta deferencia por principios del derecho y la autodefensa, negándose a reconocer que operaba fuera de estos principios.

Hasta ese instante, aun cuando la realidad a veces lo desmentía, EE.UU. afirmaba que no emplearía la fuerza militar más que en respuesta a una agresión y que la iniciativa de las guerras en las que se viera implicado procedería siempre de sus enemigos. Este tabú había sido levantado. Y desde entonces, las normas o patrones que guiaban tanto las construcciones discursivas como las construcciones de los cursos de acción, habían cambiado.

En palabras de De la Gorce, “más que un nuevo concepto de defensa, (la guerra preventiva) se trata de una descarnada revisión de los principios admitidos hasta ese momento por los Estados Unidos, con importantes consecuencias en cuanto a la conducción de su política extranjera, la organización, el mando y la doctrina de utilización de sus fuerzas” (De la Gorce, 2003: 11).

El secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, lo había explicado claramente el 31 de enero de 2002 cuando declaró:

“La defensa de EE.UU. requiere prevención, autodefensa, y en ciertos casos, la iniciativa en la acción. Defenderse contra el terrorismo y otras amenazas emergentes del siglo XXI puede perfectamente exigir que se lleve adelante una guerra en territorio enemigo. En ciertos casos, la única defensa es una buena ofensiva”.

Y durante la reunión ministerial de la Organización del Tratado de Atlántico Norte, OTAN, el 6 de junio de ese año señaló:

“Si los terroristas pueden atacar en cualquier momento, en cualquier lugar y con cualquier técnica, y dado que es materialmente imposible defender todo, todo el tiempo, contra todas las técnicas, entonces tenemos la imperiosa necesidad de redefinir qué es ofensivo (...) La única defensa posible es hacer el esfuerzo de encontrar a las organizaciones terroristas internacionales y tratarlas como es debido, como EE.UU. lo hizo en Afganistán” (Rumsfeld citado por De la Gorce, 2003: 12-13).

Pero el origen del concepto es bastante previo. Sí que lo es; 10 años antes, en 1992, el entonces secretario de Defensa, Richard Cheney, había definido en documento oficial que “la primera misión política y militar de Estados Unidos, luego de la guerra fría, consistía en asegurar que ningún poder rival emergiera en Europa, Asia y la desintegrada Unión Soviética”. Ya en la era Clinton la definición doctrinaria incorporaba la siguiente cláusula: “Si está en nuestras manos detenerlo” (Clinton citado por Sohr, 2000: 30).

El Presidente Clinton expresó muchos de estos temores en relación con el caso de Irak; el ex mandatario había advertido que los “depredadores del siglo XXI serán aún más letales si les permitimos que construyan armas nucleares, químicas y biológicas y los misiles necesarios para lanzarlas (...) no existe un ejemplo más claro de esta amenaza que el Irak de Sadam Hussein” (Clinton citado por Barber, 2004: 90).

Si Estados Unidos no actuaba, Sadam “concluirá que la comunidad internacional ha perdido tenacidad. Concluirá que puede seguir adelante con la reconstrucción de un arsenal de capacidad devastadora. Y algún día, de algún modo, os lo aseguro, utilizará su arsenal” (Clinton citado por Barber, 2004: 91).

1. OBJETIVO: IRAK

Fue esta definición de guerra, y la consiguiente construcción del enemigo como posible amenaza, lo que permitió a Estados Unidos justificar los dardos contra Irak, el ahora integrante favorito de su denominado “eje del mal”. Antes de intervenir en Irak, el mismo Bush había defendido la necesidad e incluso la justicia de una guerra. La argumentación: se trataba de una guerra preventiva. Las palabras de Bush al respecto fueron categóricas: “Libraremos la guerra contra el terrorismo en dos frentes si es necesario (refiriéndose a Afganistán e Irak)... Sadam es parte de la guerra contra el terrorismo”.

Sin embargo, hoy, y también entonces, ante la ausencia de pruebas que demuestren tanto la existencia de dichas armas como su uso inminente, hablar de una guerra preventiva no es precisamente una descripción certera de la situación. La guerra de la que estamos hablando es anticipatoria, no preventiva; está pensada para responder a una amenaza más lejana en el tiempo. Irak no era, en efecto, una amenaza real para Estados Unidos, pero la guerra se libró en base al entendido de que efectivamente Irak constituía un peligro. Un peligro donde las armas no aparecieron y Bagdad fue tomada en poco más de 20 días.

“La Guerra de Estados Unidos es injusta. Aunque desarmar a Irak es un objetivo moral y políticamente legítimo, es un objetivo que casi con toda certeza se hubiera logrado con medidas que no fueran una guerra a gran escala (...) una guerra que se libra antes de tiempo no es una guerra justa” (Walzer, 2004: 168).

En este mismo sentido, Edwad Kennedy subraya la existencia de una distinción entre guerra preferente y guerra preventiva. La validez jurídica de una guerra preferente depende de la existencia de pruebas materiales que demuestren la inminencia del peligro y la necesidad de actuar. En cambio, la guerra preventiva se basa no en el temor a una agresión inminente, sino en un miedo más lejano, en este caso, a la amenaza estratégica que implicaría Irak para el mundo o para Estados Unidos³.

En efecto, los juristas internacionales de la guerra justa nunca han considerado este argumento, el anticipatorio, como válido, puesto que el peligro al que se alude no sólo es lejano, sino también especulativo, y los costes en cambio son cercanos, ciertos y generalmente devastadores. Irak es un buen ejemplo. Ahora, es también necesario considerar que la distancia entre anticipación y prevención es cada vez más estrecha, lo que desde luego acorta el tiempo de toma de decisiones y hace más discutible la diferencia entre uno y otro caso, incluso desde el punto de vista ético.

³ “Generalmente se analiza esa cuestión a la luz de la carta de la ONU, que estipula una prohibición general del uso de la fuerza (Artículo 2-4), con la única excepción de la legítima defensa (Artículo 51): “Ninguna disposición de esta carta menoscabará el derecho inmanente de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un miembro de las Naciones Unidas”. Desde el nacimiento de la ONU en 1945, los juristas están divididos: unos abogan a favor de una interpretación restrictiva, según la cual el artículo 51 permitiría invocar la legítima defensa únicamente para responder a una agresión militar. Los minimalistas, en cambio, afirman que existe un “derecho inherente” a las legítimas defensas, que derriban a la soberanía nacional, y que sólo un voto de consejo de seguridad podría contrarrestar (...) El terrorismo a gran escala organizado desde un país extranjero, pero sin la participación directa de su gobierno, entra en esa categoría de agresiones. Así, el uso de la fuerza por parte de Estado Unidos en Afganistán, como consecuencia de los atentados del 11-9-01, fue generalmente considerado como razonable, debido a la tolerancia, cuando no del apoyo directo, que el régimen de los talibanes brindaba a Al Qaeda. Semejante extensión de la legítima defensa no se evaluó como un atropello al artículo 51, sino como el signo de una evolución necesaria del derecho frente a nuevas realidades, sin por ello poner en tela de juicio el principio que prohíbe el uso de la fuerza” (Falk, 2003: 31-32). Sin embargo –agrega el mismo autor– “cabe recordar que el Consejo de Seguridad debe respetar la Carta de la ONU, y no debe oponerse ni al espíritu ni a la letra de sus principios fundadores: adoptar todas las medidas posibles para impedir la guerra y abstenerse de cualquier intervención en los asuntos internos de un Estado (Artículo, 2-7)” (Falk, 2003: 35).

Sin embargo, la “estrategia imperial” de septiembre de 2002 autorizaba a Estados Unidos a lanzar una “guerra preventiva”. Preventiva y no prioritaria; porque se trata de legitimar la destrucción de una amenaza que aún no se materializaba.

Ello, porque la estrategia de la guerra preventiva, por su lógica de su autodefensa anticipatoria, se basa en la predicción a largo plazo y en una presunta concatenación de acontecimientos mucho menos certeros que los que prevé la lógica inmediata de la autodefensa. La nueva forma de interpretar y construir liga una serie de hechos –varios de ellos veraces, otros apenas verosímiles- para crear un escenario probable como certero, y a partir de allí, un enemigo.

Ahora, desde la perspectiva norteamericana, el excepcionalismo significa que otros países no tienen derecho a desplegar estrategias preventivas propias. Pero desde la perspectiva de otros países, la adopción estadounidense de la doctrina preventiva sentó un precedente importante, sobre todo desde que Norteamérica se erige en abanderada y pionera de la comunidad internacional. Así, explica Barber, dentro de esta lógica, Pakistán puede defender un ataque preventivo contra India, Corea del Norte contra Corea del Sur, o por este mismo motivo, Irak podría haber justificado un ataque preventivo contra EE.UU. o sus aliados, anticipándose a lo que, al fin y al cabo, era una intención norteamericana, bien publicitada, de emprender una guerra contra Bagdad. Recordemos algunas lecciones de la guerra justa: la ley pareja:

“Estados Unidos pretende convencer a los demás de que, por su carácter moralmente único, las políticas de Estados Unidos son necesariamente éticas. Pero se supone que los preceptos morales definen los agentes morales, no al revés. La doctrina no sólo pasa de la prueba de la legalidad, sino que tampoco pasa la de realismo, pues ninguna nación, ni siquiera una tan poderosa como Estados Unidos, puede basar su política exterior en razonamientos especiales, vedados para otros” (Barber, 2004: 95-96).

Otro de los argumentos utilizados para invadir Irak fue el de la intervención humanitaria, también tratada en el capítulo de la guerra justa. Hussein era, al fin y al cabo, un opresor monstruoso, pero no se debe olvidar que el argumento de la intervención humanitaria y el de la guerra preventiva son diferentes. Porque el intervencionismo humanitario encarna una doctrina que puede ser universal: invita a todos los Estados y al sistema internacional a intervenir, y no lo hace para proteger al Estado que interviene, sino para proteger a los que no pueden defenderse por sí solos. El intervencionismo humanitario se enmarca en el multilateralismo y el derecho internacional que reconoce los derechos de los pueblos sometidos a la persecución y al genocidio.

Como el Ejército de ocupación nunca encontró las armas de destrucción masiva, la posición de la Administración Bush pasó de la “certeza absoluta” de que Irak las tenía, a la idea de que el descubrimiento de equipamiento potencialmente utilizable para fabricar armas “justificaba las acusaciones lanzadas”. Autoridades de alto rango propusieron entonces un “ajuste” del concepto de guerra preventiva que autorizaba a Estados Unidos a atacar “a un país que posee armas mortales en gran cantidad”. Esta modificación propone que la administración estadounidense actúe contra todo régimen hostil susceptible de querer y poder producir las. De modo que la principal consecuencia de la falta de fundamentos de las acusaciones invocadas para justificar la invasión, fue el relajamiento de los criterios que autorizan el recurso de la fuerza.

Estados Unidos parece tener la capacidad de imponer las reglas de juego geopolíticas. La comunidad internacional no debe olvidar que una vez establecidas, esas reglas podrían ser invocadas por otros Estados. Y lo que Estados Unidos ha llegado a implantar es precisamente el concepto de guerra preventiva: de manera unilateral invadió a Irak. Ahora, la construcción del enemigo, es decir, hacer una guerra real para evitar una posible guerra. Bajo esta idea de obedecer a pautas y requisitos cada vez más flexibles, Estados Unidos podría no ser el único en invocar a futuro esta nueva norma.

La guerra preventiva -que es, en efecto, fruto del terror y la incertidumbre- sustituyó la lógica indicativa de la autodefensa. Un “nos han atacado” fue reemplazado por un “puede que alguien esté preparándose para atacarnos”, generando aún más terror e incertidumbre.

2. LA “NECESIDAD” DE LA GUERRA PREVENTIVA: REEMPLAZAR A LA GUERRA FRÍA

Durante la guerra fría no cesaron los llamados a una guerra nuclear anticipada y preventiva contra la Unión Soviética. En la crisis de los misiles cubanos de 1962 se planteó de manera seria la posibilidad de un ataque preventivo. Kennedy se enfrentó a la difícil elección de lanzar una acción preventiva contra Cuba con el consiguiente costo en vidas humanas y el riesgo de un intercambio nuclear, o bien no hacer nada y arriesgarse igualmente. Mientras, la Unión Soviética era descrita en los mismos términos moralizantes del mal, “dictadura totalitaria” y el “imperio del mal” que se ha empleado en los últimos años para justificar la invasión contra Irak. Kennedy optó por dar una respuesta victoriosa, aunque arriesgada, en épocas mucho más peligrosas, cuando Estados Unidos se enfrentaba a enemigos mucho más poderosos que *Al Qaeda*, y sin duda mucho más que un debilitadísimo Irak.

La guerra preventiva pretende superar las carencias de las políticas de disuasión y contención que caracterizaron la guerra fría:

“El concepto tradicional de la disuasión no servirá de nada ante un enemigo terrorista cuyas tácticas reconocidas son la destrucción gratuita y la masacre de inocentes, cuyos ‘soldados’ aspiran al martirio de la muerte, y cuya protección más poderosa es la ausencia de Estado” (*The National Security Strategy on the United States of America*, 17 de septiembre de 2002).

Cabe preguntarse si acaso no son Afganistán e Irak puntos de referencia de una exitosa estrategia global basada en la intimidación. Se ha acogido a un derecho de acción unilateral que vulnera el marco internacional de legalidad y cooperación del que otrora fuera arquitecto, marco que constituye, probablemente, la única vía para derrotar al terrorismo.

Y, sin embargo, las consecuencias están ya a la vista: “la guerra de Bush contra el terrorismo puede ser justa o no serlo, puede concordar o no con los valores americanos, pero lo más importante es que, en la forma adoptada no puede derrotar al terrorismo y no lo logrará, a pesar de las victorias militares” (Barber, 2004:16).

Incluso a Donald Rumsfeld, ferviente defensor de la guerra preventiva, le preocupa el carácter escurridizo de las células terroristas. “Las personas que hacen esto no pierden, no tienen objetivos elevados. Tienen redes y fanatismo” (Rumsfeld citado por Barber, 2004: 22).

La pregunta que cae por su propio mérito apunta a entender cuál es entonces el objetivo que persigue la guerra preventiva, si ninguna estrategia antiestatal va a funcionar eficazmente en la lucha antiterrorista, por mucho que funcione al castigar o modificar regímenes hostiles.

Barber llega así a formular una interrogante más que lícita en este contexto. ¿No será acaso que la expresión ADM⁴ pretenda simplemente reforzar la nueva doctrina de guerra preventiva adoptada con tanto entusiasmo por el gobierno estadounidense, de modo de poder aplicarla no sólo a las organizaciones terroristas sino a los Estados-nación, Estados que aún no cuentan con las armas nucleares que supuestamente justifican una destrucción preventiva? (Barber, 2004: 26).

⁴ Armas de destrucción masiva.

V. CONCLUSIÓN

“El terror es la única arma del terrorismo, pero su poder es mucho mayor cuando se dirige contra quienes viven en paz y esperanza que cuando tiene como objetivo a quienes viven en la desesperación y no tienen nada que perder”.

Benjamin Barber.

A lo largo de la historia se han entregado diversas definiciones “oficiales” y no tanto del concepto de terrorismo. Sin embargo, éstas no difieren demasiado de las que se podrían entregar a la hora de referirse a un concepto que se supondría contrario: el contraterrorismo. Es más, sus descripciones son prácticamente idénticas.

¿Qué es el terrorismo? En los manuales militares de Estados Unidos se define como terror la utilización calculada, con fines políticos o religiosos, de la violencia, la intimidación, la coerción o el miedo. El problema de esta definición, denuncia Chomsky, es que se aplica con bastante exactitud a lo que EE.UU. denominó guerra de baja intensidad, reivindicando este tipo de prácticas. Bajo este concepto, también denominado contrainsurgencia o contraterrorismo, se ha establecido una suerte de política oficial de Estados Unidos.

Por otra parte, no es un dato menor el hecho de que Estados Unidos ha sido ligado, con más o menos precisión, a varios ataques terroristas a lo largo de su historia. No se pretende emitir juicio de verdad en torno a la certeza de la participación estadounidense, simplemente exponer algunos de los atentados en los que ha sido vinculado. Entre ellos, el ataque con coche bomba frente a una mezquita de Beirut que dejó 80 muertos y 250 heridos, programada para explotar a la salida de la gente y cuya pista condujo a la CIA y a la inteligencia británica. Citemos también el bombardeo a Túnez por Simon Peres, con 75 palestinos y tunecinos muertos, facilitado supuestamente por EE.UU., encomiado por el secretario de Estado Shultz, y luego condenado por unanimidad en el Consejo de Seguridad de la ONU como “un acto de agresión armada”, con la abstención de EE.UU., claro está. Y las operaciones puño de hierro de Peres, dirigidas contra los que el alto mando israelí llamaba aldeanos terroristas en el Líbano ocupado. Si bien se desea dejar en claro que este tipo de intervención no es del todo homologable con el terrorismo a secas, sí posee algunas características en común.

Y es aquí donde se hace necesario volver a la cita que inicia estas líneas: “El terror es la única arma del terrorismo, pero su poder es mucho mayor cuando se dirige contra quienes viven en paz y esperanza que cuando tiene como objetivo a quienes viven en la desesperación y no tienen nada que perder” (Barber, 2004: 21). Estados Unidos ha atentado

sistemáticamente contra muchos de los que viven en la desesperación; en concreto, la población civil de Afganistán e Irak, y el mundo, en gran parte, ha callado, porque el poder del terror es mayor cuando apunta a quienes viven en paz, a quienes por ejemplo, se dirigían a trabajar cada día al centro neurálgico de la economía mundial observando la panorámica que ofrecía de Nueva York desde sus más de 100 pisos. Y esto también es una construcción que obedece a patrones sociales y culturales.

Después de acusar a los talibanes de infringir las normas básicas de la justicia tras el 11S, EE.UU. optó por adoptar una justicia que no “difiere, en esencia, de las ejecuciones talibanas en un campo de fútbol” (Sardar y Wyn Davies, 2003: 155).

Existe, en efecto, un componente inquietante en la similitud entre la retórica de *Al Qaeda*, que retrata a América como una nación infiel y diabólica, y la de América, que despliega un lenguaje análogo al del Antiguo Testamento para condenar a *Al Qaeda* como organización instigada por los malos.

En Canadá, por ejemplo, una encuesta de opinión reveló que más del 36% de sus habitantes pensaba que Estados Unidos era la mayor amenaza a la paz mundial, contra apenas el 21% que mencionaba a *Al Qaeda*, el 17 que escogía a Irak y el 14 que optaba por Corea del Norte. En tanto, una encuesta informal llevada a cabo por la revista *Time* reveló que más del 80% de los que respondieron en Europa consideraba a los Estados Unidos como la mayor amenaza contra la paz mundial (Chomsky, 2004: 63).

El antiguo director de *Human Rights Watch Africa* dijo: “No alcanzo a distinguir diferencia alguna, ya sea ética, política o legal entre la *yihad* de Estados Unidos contra los que considera que son sus enemigos...” (Chomsky, 2004: 285).

Volvamos a uno de los principios más elementales de la teoría de la guerra justa, la universalidad. “Quienes no pueden aceptar ese principio deberían guardar silencio sobre las cuestiones del bien y el mal”. Desde esta perspectiva, nadie podría discutir que la brutalidad de las fuerzas ocupantes indias, rusas, cingalesas o israelíes produce en general más víctimas que los atentados. Legitima el acto terrorista como arma asimétrica y la negación del status de víctimas inocentes a la población civil: o bien porque está armada o bien porque finge ignorar las masacres cometidas. Finalmente garantiza el apoyo de la población y alimenta el semillero en el cual se reclutan los futuros *kamikazes*. ¿Por qué? Porque ley pareja no es dura.

Si bien existe una definición de terrorismo como “el arma de los débiles”, muchas veces se trata, al contrario, del recurso más frecuente de quienes tienen las mejores armas y el poder de inducir el olvido de sus crímenes, aun en las sociedades abiertas. La campaña

militar de Estados Unidos en Afganistán e Irak incrementa los niveles de terror a escala mundial en lugar de reducirlos.

El terrorismo, en general, constituye una forma de lucha particularmente abyecta, puesto que sus víctimas son civiles no combatientes. Ninguna causa, por justa que sea, justifica el recurso de este despreciable método. Los atentados del 11 de septiembre de 2001, al igual que los de Casablanca, Ryad, Estambul, Moscú, Haifa, Jerusalén o Atocha, sólo pueden despertar repugnancia y aversión. Pero deben hacerlo del mismo modo que el empleo por ciertos gobiernos del terrorismo de Estado a manera de represalia.

“A menudo se nos pide que tracemos una distinción entre el terrorismo de oprimidos y el terrorismo de opresores. Pero, ¿dónde reside la diferencia entre ambos? El mensaje del terrorista es idéntico en ambos casos, pues niega la condición de personas y la humanidad de los grupos entre los que encuentra sus víctimas” (Walter, 2004: 77). Ahora, ciertamente se debe resistir a los terroristas, y es probable que una resistencia solamente defensiva no sea suficiente. Es prácticamente imposible proteger a la gente contra un ataque aleatorio e indiscriminado. Por ello, la resistencia muchas veces se complementará con una combinación de represión y represalias, en la línea de lo que plantea la guerra preventiva.

Y es aquí cuando nos ponemos en un terreno peligroso, pues a menudo la “resistencia” adopta métodos terroristas y no son pocas las personas dispuestas a disculpar estos métodos; primero, porque al venir de estructuras más legitimadas están más institucionalizados, vistos desde la construcción que la sociedad hace de ellos; y segundo, porque la excusa del “último recurso” a la que aluden los terroristas para justificarse, no es exclusiva de ellos, pudiendo también ser utilizada por quienes los persiguen.

Y esto último, como ya se dijo, posee incluso un objetivo pragmático: atacar a inocentes hace que las motivaciones de los terroristas parezcan más aceptables y seguramente les permitirán reclutar a un mayor número de adeptos:

“En el método elegido para hacer frente al terrorismo, ya sea emprendiendo guerras en el extranjero o procurando la seguridad en su propio territorio, Estados Unidos ha generado el mismo terror que constituye la principal arma del terrorismo (...). Con la promesa de desarmar a todo adversario, utilizar la madre de todas las bombas y erradicar el tabú que cuestiona el uso de armas nucleares, para sobrecoger e intimidar tanto a enemigos como a aliados” (Barber, 2004: 13).

Pero, aunque el terrorismo semeje un despliegue impresionante de poderío brutal, en realidad es una estrategia de terror más que una fuerza real, una estrategia de debilidad

más que de fortaleza. Donald Rumsfeld suele citar las palabras de Al Capone que dicen que “se consigue más con una palabra amable y un arma que sólo con una palabra amable”, pero al adoptar tal actitud aplica la misma estrategia terrorista contra los terroristas.

El miedo no responde tanto a lo que acaba por suceder, sino a lo que se promete, y convierte el esfuerzo por defenderse del terrorismo en su principal instrumento, que se refleja en medidas como la de codificar los niveles de peligro; detener cada 2x3 a un delincuente y llamarlo terrorista; publicitar amenazas imprecisas; etiquetar la guerra contra el terror como “inacabable”; derrocar a Hussein calificándolo de adicto a las ADM, aunque no se encuentren armas en su territorio.

El 11S fue el dato real, el hecho, tras el cual el terror y la paranoia se convirtieron en el cristal desde el cual Estados Unidos mira al mundo. Tras el 11S, en un momento de gran solidaridad y empatía mundial con Estados Unidos, nación que efectivamente sufrió en carne propia el terror ese día de septiembre, no fueron aquellos que la mañana del 11 tomaron determinados aviones o trabajaron en determinadas oficinas los responsables de la política exterior estadounidense. A ellos no se les culpa.

Este apartado, suerte de corolario para los anteriores, sólo pretende reflexionar en torno a la apropiación que distintos actores hacen de determinados hechos, acciones y conceptos, dependiendo siempre el lado desde el que se perciban, asimilen e interpreten; en un escenario donde una guerra asimétrica tiene como respuesta acciones preventivas cada vez más injustas.

REFERENCIAS

Barber, Benjamín. 2004. *El Imperio del Miedo. Guerra, Terrorismo y Democracia*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Betts, Richard K. 1998. “La nueva amenaza de la destrucción en masa”. *Foreign Affairs en Español*, enero-febrero.

Bishara, Marwan. 2002. “La era de las Guerras Asimétricas”, en *El Nuevo rostro del mundo: El planeta después del 11 de septiembre de 2001*. Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

Chomsky, Noam. 2004. *Hegemonía o supervivencia*. Bogotá: Editorial Norma.

Clemons, Stevens C. 2002. “La ceguera del Imperio”, en *El Nuevo rostro del mundo: El planeta después del 11 de septiembre de 2001*. Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

Conesa, Pierre. 2004. “La mutación estratégica de Bin Laden”, en *¿Quiénes son los Terroristas?* Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

———. 2004. “Terrorismo Mundial: kamikazes, nacionalistas y globales”, en *¿Quiénes son los Terroristas?* Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

De la Gorce, Paul-Marie. 2003. “Nuevo concepto: Guerra Preventiva”, en *Una Guerra para la Dominación: El Imperio contra Irak*. Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

Falk, Richard. 2003. “Esquivando el derecho Internacional”, en *Una Guerra para la Dominación: El Imperio contra Irak*. Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

Gabetta, Carlos. 2004. “Simetría del terror mundial”, en *¿Quiénes son los Terroristas?* Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

Hardt, Michael y Antonio Negri. 2002. *Imperio*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Hobsbawm, Eric. 2003. “Particularidades del Imperio Estadounidense”, en *Los Dueños del Mundo*. Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

Hoge, James y Gideon Rose, ed. 2002. *¿Por qué sucedió? El Terrorismo y la nueva guerra*. Barcelona: Paidós, Historia Contemporánea.

Mandelbaum, Michael. 2002. “Diplomacia en tiempos de guerra”, en *¿Por qué sucedió? El Terrorismo y la nueva guerra*, editado por J. Hoge y Gideon Rose. Barcelona: Paidós Historia Contemporánea.

Meneses Emilio. 1991. “La Guerra del Golfo Pérsico y el Sistema Internacional”. Centro de Estudios Públicos. *Estudios Públicos* 43. Consulta 5 febrero, 2006 (www.cepchile.cl).

Nye, Joseph. 2003. *La Paradoja del Poder Norteamericano*. Santiago: Aguilar Chilena Ediciones.

Ramonet, Ignacio. 2002. *El Nuevo rostro del mundo: El planeta después del 11 de septiembre de 2001*. Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

Rouleau, Eric. 2003. “La propaganda guerrera y sus fallas”, en *Una Guerra para la Dominación: El Imperio contra Irak*. Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños, Le Monde Diplomatique.

Sardar, Ziauddin y Merryl Wyn Davies. 2003. *¿Por qué la gente odia Estados Unidos?* Barcelona: Editorial Gedisa.

Sohr, Raúl. 2000. *Las guerras que nos esperan*. Santiago: Ediciones B.

Walzer, Michael. 2004. *Reflexiones sobre la Guerra*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica. S.A.